

# LAS MANOS DE MI MADRE

KARMELE JAIO



**Karmele Jaio**

Las manos de mi madre

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original en euskera: *Amaren eskuak*

Versión al castellano de la autora

© Karmele Jaio Eiguren, 2008

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Archivo personal de la autora

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2021

Depósito legal: B. 2.337-2021

ISBN: 978-84-233-5903-5

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

## I

Veo una niña en la orilla de la playa. Levanta un muro de arena mojada, lo moldea con sus manos hasta construir la proa de un barco, y se sienta dentro, de cara a las blancas olas, con los pies al frente. Tiene los pies arrugados, como sus manos. El agua se le acerca, y una ola ataca la parte izquierda de la proa, pero la niña vuelve a levantar el muro y se queda de rodillas, con el tirante del bañador caído del hombro, preparada para hacer frente al siguiente ataque. Sabe que el mar acabará ganando la batalla y que las olas arrastrarán su barco de arena como la lengua se lleva un helado, pero, aun así, defiende con uñas y dientes su pequeño reino. Con las mandíbulas bien prietas.

Huele a verano. Recuerdo el olor de la crema de sol mientras la mano de mi madre resbalaba por mi espalda. Mi padre paseando por la orilla y mi madre tumbada en una hamaca. Hoy, treinta años después de haberse tomado esta fotografía, mi madre también está tumbada, aunque no en una hamaca de playa, sino en la cama de un hospital. Y el calor se ha hecho frío, el ocre

de la imagen se ha vuelto blanco. Es un blanco casi violeto, como el de la silla en la que estoy sentada y desde la que miro las manos de mi madre, mientras guardo en el bolso la vieja fotografía en la que una niña se atreve a retar al mar.

Están posadas sobre las sábanas, sin mover un dedo, parecen manos de piedra, como si la sangre de sus venas se hubiera convertido en agua estancada. Esconde con sus manos el nombre del hospital estampado en el embozo, como si quisiera ocultar dónde se encuentra. Como si, incluso dormida, hiciera todo lo posible para no preocupar a nadie. Esconde con sus manos la palabra *Ospitalea* estampada en las sábanas, igual que ha ocultado durante años tantos suspiros y lágrimas, secándolas en el delantal de cocina. Pero entre los dedos ha dejado al descubierto parte de la palabra: *tale*. Y me hace gracia, porque la palabra *tale* significa «cuento» en la lengua de mi marido, y desde que la ingresaron, mi madre también vive en una especie de cuento.

Cuando me acerco a ella, me parece ver en sus ojos siluetas de niñas jugando en el patio de un colegio, e incluso me parece oír sus gritos y sus risas. Cuando abre los ojos, nos sonrío a Xabier y a mí, pero no nos reconoce, aunque seamos sus hijos, aunque un día nos diera la vida en este mismo hospital, antes de que lo reformaran. Aun así, nos sonrío y su sonrisa aligera la carga que sentimos sobre los hombros desde que la ingresaron. En parte, al menos.

Mi madre lleva ya más de una semana rodeada de sábanas blancas y azules, y si las cosas no cambian mucho, nos van a dar las Navidades aquí, sin salir del hospital. Estamos solas en la habitación, y ella duerme.

Duerme casi todo el día, como los bebés. La cama de al lado de la ventana está vacía y solo las toses de otras habitaciones rompen este silencio incómodo. Escucho mi respiración, también la de mi madre, y no consigo concentrarme en nada más que en mirar sus manos. Soy incapaz de leer dos líneas seguidas de una revista, ni puedo seguir contemplando con tranquilidad las fotografías que he traído para enseñarle, para hacerle recordar, tal y como nos pidió el doctor.

Las venas de sus manos parecen carreteras llenas de curvas. Son las mismas manos que alzan la barbilla de una niña en una foto en blanco y negro. «Levanta esa cabeza, Nerea.» Recuerdo las manos de mi madre en mi barbilla, animándome para que mirara a la cámara.

Miro a la cama vacía que hay junto a la ventana e imagino a una niña y a un niño saltando sobre el colchón. Se lanzan cojines y ríen, ríen sin descanso. La habitación se llena de risas infantiles, y tras ellas oigo al fondo la voz de mi madre, «no hagáis tanto ruido, que subirán los vecinos», pero la niña y el niño siguen saltando, y riendo, como si estuvieran en el patio del colegio. Y me veo riendo, saltando sobre la cama. Mi hermano desaparece, también la voz lejana de mi madre. Salto con fuerza sobre el colchón y me quedo en el aire, colgada del cielo, como si me hubiesen crecido alas en la espalda y un fuerte viento me arrastrara de repente por la ventana.

Sobrevuelo la ciudad buscando algo, como una gaviota sobre el mar. Paso por encima de tejados rojos y chimeneas humeantes, hasta llegar a la ventana entreabierta de una casa. Me cuelo y aparezco en una sala de estar. Hay un televisor de la marca Telefunken enfrente y sobre él una foto, en un marco. Ahí están. Nada más

verlas descubro qué es lo que buscaba. Son las manos de mi madre. Manos en blanco y negro que alzan la barbilla de una niña que apenas se atreve a mirar a la cámara. Y de repente todo se vuelve blanco y negro y escucho una voz lejana, «Nerea, ¿quieres hacer el favor de levantar la cabeza?». La voz me pide que mire al fotógrafo, por favor, y cojo aire y aspiro el olor a lejía y jabón de Marsella de las manos de mi madre que me sujetan la barbilla.

Una melodía proviene de la cocina. Mi madre escucha allí la radio, mientras remienda los calcetines de fútbol de mi hermano con las gafas en la punta de la nariz. Cierro y abro los ojos y la veo apuntando en un cuaderno los gastos de la compra, «tomates cinco pesetas, huevos siete pesetas», dejando casi sin punta el lápiz afilado con cuchillo. La veo en una habitación, sentada al borde de la cama de una niña, acariciando su frente y susurrándole una canción. No callará hasta que la niña se duerma.

La melodía me sobresalta. Miro a mi madre, tumbada en la cama del hospital, y compruebo que no es ella la que canta. No ha abierto la boca. Sigue quieta como el muro de una iglesia centenaria. Pero yo sigo oyendo la voz que susurra una canción de cuna. No callará hasta que la niña duerma. Y por un momento siento las manos de mi madre acariciando mi frente, a pesar de que están quietas sobre la sábana. A pesar de que parecen de piedra.

Y mis ojos siguen sin apartarse de sus manos. Las miro con tanta atención que hasta llego a creer que sus dedos van a echar a hablar en cualquier momento, que voy a encontrar en las manos de mi madre la respuesta a todas las preguntas que nunca le hice, que voy a po-

der escuchar los pensamientos que ha guardado durante años. Todo eso simplemente mirando con atención sus manos. Mirando esas mismas manos que ocultan ahora la palabra *hospital* estampada en la sábana. Entre sus dedos se puede leer la palabra *tale*, «cuento» en la lengua de mi marido, y no puedo evitar sonreír, intentando imaginar en qué cuento está viviendo mi madre ahora mismo. Con la sonrisa congelada, alzo la vista y miro hacia la cama vacía junto a la ventana. Las sábanas están revueltas, como si alguien hubiese estado saltando sobre ellas.



## II

No me acostumbro al olor a puré y medicamentos de los hospitales. Nada más olerlo, el mundo se me vuelve frágil y ni siquiera me atrevo a pisar con fuerza el suelo de esos largos pasillos blancos, por miedo a que se derrumben de un momento a otro. Por eso avanzo por el pasillo casi de puntillas, como si la superficie fuese de celofán. Como si lo construyeran por las noches con el envoltorio de los ramos de flores que regalan a las recién estrenadas madres.

Tan frágil como Maialen. Recuerdo haber sentido este mismo olor, mezcla de puré y medicamentos, cuando me trajeron precipitadamente en una ambulancia en el octavo mes de mi embarazo. Maialen tuvo prisa para salir al mundo. Le conté, con la mano en la tripa, demasiadas cosas sobre el mundo que le esperaba, y nació con ganas de conocerlo un mes antes de lo previsto. Prisa. No es de extrañar que la tuviera, tras ocho meses en los que sintió a su madre corriendo de un lado a otro. En la redacción del periódico me preguntaban cuándo pensaba coger la baja y siempre les contestaba

que todavía no, que era pronto, que aún me sentía muy bien.

Ocho meses y ocho horas. Fue un parto de ocho horas, aunque solo recuerdo algunas imágenes. La luz intensa sobre mi cara y los dedos de látex de las matronas entrando en mi cuerpo. El sudor y las voces, «empuja ahora, ánimo». No recuerdo mucho más. Apenas recuerdo la presencia de Lewis en el parto. Ver por primera vez a Maialen borró de mi memoria casi todo lo anterior. Al ver parte de mi cuerpo convertido en otro cuerpo, ya fuera de mí, no lloré de emoción, como en las películas, sino de cansancio, de dolor. Lloré al sentir mi cuerpo vacío. Sentí que aquellos guantes de látex me habían vaciado por dentro y que junto a la niña se habían llevado parte de mi alma.

Hace ocho días que volví a entrar en este hospital, después de recibir la llamada telefónica de mi hermano. No sé ya si son nueve, he perdido la medida del tiempo, pero el momento se ha quedado grabado en mi memoria. Camino por la calle. La voz al otro lado del teléfono me llega al estómago. Las piernas se quedan quietas y yo paralizada en medio de la acera, como si me hubiese caído enfrente un tronco recién cortado, como cuando mi madre quería llevarme al médico de pequeña y me quedaba estancada en medio del pasillo. Es la voz de mi hermano. «Han encontrado a *ama* en la calle, perdida como una niña.» Me lo ha dicho con voz neutra, medida, como si estuviera leyendo un informe profesional, como si temiera la apertura de un pantano de sentimientos estancados durante años y prefiriera que salieran poco a poco, por las grietas. Tras la llamada de Xabier, llamo a Lewis y le pido que recoja a la niña de la *ikastola*. Que no voy a poder, que ya le con-

taré luego, que mi madre está en el hospital. «*Yes, in hospital.*»

Hace ocho días, o nueve, no sé, que llegué a este hospital aún con el teléfono en la mano, apretándolo fuerte. Pregunté por Luisa Izagirre y una enfermera me habló de la planta de neurología. Me pareció una palabra demasiado pesada. Neurología. De medio kilo por lo menos, o una libra, como dicen mi madre y la tía Dolores. Y sentí el peso de una piedra de una libra sobre mis espaldas, al reconocer que llevaba tiempo pensando que a mi madre le pasaba algo o que le podría pasar. Desde el primer momento en que vi mi rostro en el espejo de los servicios del hospital, me reconocí culpable. Culpable porque en ese instante no quise ver que tenía encendida una luz roja que me avisaba de que algo le estaba sucediendo. Pero no hice nada. Puse mis dedos en los oídos como haría una niña, para no oír nada. No quise ver las señales, aunque las tuviera enfrente. El miedo me impidió verlas.

Durante esta semana he recordado continuamente situaciones como la del día en que a mi madre se le fue el santo al cielo mientras cocinaba en su casa unas croquetas. La encontré mirando fijamente una pelota de bechamel que tenía en sus manos, sin saber dónde meterla, si en el pan rallado, en el huevo o en la harina.

—En la harina, *ama...* —me atreví a susurrar.

Y todavía no sé ni cómo me atreví a decirle a mi madre cómo se hacen unas croquetas. A quién y a una Izagirre, a la hija pequeña de los Izagirre, los del restaurante. Me miró fijamente, sin soltar la pelota de bechamel de las manos, y creo que si la sartén no hubiese empezado a echar humo, se habría quedado así para

siempre. No he olvidado esa mirada perdida. Se me ha quedado congelada en la cabeza y ahora me atormenta. Me sonrió al darse cuenta de la situación, para ocultar su pavor. Le respondí con una sonrisa, para que no se diera cuenta de mi preocupación.

La luz roja estaba encendida desde entonces, pero, al igual que una niña, me tapé los ojos con las manos para no ver su reflejo. Y ahora llevo arrastrando la palabra *neurología* como un castigo, del hospital a la redacción del periódico, de la redacción a casa, de casa al hospital, todos los días, dejando tras de mí el rastro oscuro de la culpa. Un rastro tan oscuro como el azul de la camisa de los pescadores.

Recorro el pasillo, casi de puntillas, y llego a la habitación de mi madre. Estoy a punto de volver a salir, creyendo que me he confundido de habitación, al encontrarme allí con dos mujeres desconocidas, una de ellas en la cama junto a la de mi madre y otra de pie a su lado. Hasta ayer mi madre estaba sola en la habitación, por eso me extraña encontrar allí a más gente. Además, me extraña también no encontrarme a mi hermano Xabier. Iba a quedarse toda la noche.

Me saludan las dos a la vez, como si fueran la misma persona. No hay duda de que la mujer más joven es hija de la que está ingresada. Tiene la misma cara, aunque treinta años más joven.

—¿Eres la hija? —me pregunta la más joven, con claro acento gallego.

Le respondo que sí con la cabeza. No quiero hacer ruido. Mi madre duerme, como lo hacía Maialen esta mañana. He visto una revista caída debajo de su cama,

y con la excusa de recogerla me he acercado a ella, sonriendo tímidamente a las dos mujeres.

La más joven me habla desde el otro lado de la habitación, sin miedo a despertar a mi madre. Me dice, antes de que le pregunte nada, que mi hermano Xabier se ha marchado de madrugada, que ella misma le ha dicho que se fuera.

—A ver para qué íbamos a estar los dos en vela, con que haya una...

Que es una pena, me dice. Una pena lo que le ha pasado a mi madre. Y que ya le ha contado Xabier que desde que murió nuestro padre ha vivido sola, y que eso sí que es triste... Que ella vive con su madre, que ahora la tienen en observación... Llena la habitación de palabras. Me ahogo. Hace mucho calor aquí dentro. Me quitaría la ropa y pondría mis pies descalzos en el blanco suelo. Acercó mi mano al pelo de mi madre, necesitaría un tinte, se le ven ya las raíces blancas. Miro su boca. Está relajada, algo poco habitual. Siempre recuerdo esa boca tensa, los labios apretados, las mandíbulas prietas. Y la recuerdo siempre haciendo algo, nunca quieta como ahora. Creo que solo la he visto tan quieta en las fotografías y ahora mismo parece formar parte de una de ellas.

Sin embargo, empieza a moverse, como si hubiera sentido mi llegada. Y abre los ojos. De repente. Asustándome casi. Me acerco aún más a ella, con la mano en el pecho. Mi corazón es un conejo saltarín. Salta y salta, como si quisiera salir por mi garganta. Me mira y por un momento creo que me reconoce. Me sonrío y yo le digo: «*Ama, ama...*», casi sin abrir los labios, pero ella no me responde. Solo me sonrío. Su sonrisa me recuerda a la que he visto en alguna foto antigua, en la que

aparece junto a todas las chicas que trabajaban en el restaurante Izaguirre. Me ha enseñado esa fotografía un montón de veces. Allí aparecen, junto a mi madre, su hermana Dolores, su madre Petra y su tía Bittori. Tengo que encontrar la foto en casa y traérsela, para que recuerde aquellas viejas historias del restaurante Izaguirre que tantas veces nos han contado ella y la tía Dolores, para que recuerde quién es.

No me ha reconocido. Separo la mano del pecho y la llevo hasta su mano. Me la toma y la acaricia, igual que me acariciaba la frente por las noches, de pequeña, cuando me cantaba aquella canción para hacerme dormir. Siento un clavo en la garganta al recordar aquellas notas, susurradas, tarareadas. Miro hacia la ventana y compruebo que la más joven de las dos mujeres me mira. Me siento como si estuviese desnuda en el pasillo de un supermercado. Me gustaría echar una cortina, cerrar el telón.

La más joven vuelve a hablar.

—Tu madre ha debido de tener hoy sueños muy bonitos, porque sonreía mientras dormía —me dice, y añade que ella, sin embargo, casi no ha pegado ojo, cuidando de las dos—. Luisa, ¿verdad? Tu madre se llama Luisa, lo he visto en su informe. Mi madre se llama Pilar, yo también, pero a mí me llaman Pili.

No sé cuántas cosas más dice, no oigo más. Estoy acostumbrada a cerrar los oídos y aparentar que escucho. La práctica del periodismo me ha ayudado mucho a depurar la técnica, cuando creo que he recibido suficiente información, en una rueda de prensa, por ejemplo, cierro los oídos y empiezo a pensar en mis cosas. Hago lo mismo con Pilar o Pili, o como se llame.

Estoy deseando que calle. Es como si esta mujer se estuviese metiendo, a empujones, en la foto en blanco y negro de las mujeres del restaurante Izaguirre, que intento recrear en mi mente. Su voz, afilada como el sonido de una gaita, se está mezclando en mi cabeza con la canción que me cantaba mi madre por las noches y no lo soporto. Que calle de una vez. Es lo único que pido. Que Pili calle y hable por fin mi madre, es lo único que deseo.

Pero mi madre no abre la boca. Me mira a los ojos, pero en medio segundo su mirada se pierde de nuevo en el espacio blanco de esta habitación de hospital, y siento que pierdo algo más que una mirada de mi madre. Siento que algo se me escapa irremediabilmente de las manos, igual que el agua se escapa de entre los dedos.

Y mientras Pili sigue hablando, su madre Pilar no abre la boca. Y tampoco sonrío como mi madre. Simplemente mira a la ventana, que está ahora llena de gotas de lluvia, en silencio, como si ella tampoco escuchara el chaparrón de palabras que sale de la boca de su hija. Como si ella también tuviera la cabeza dentro de una fotografía en blanco y negro.

Pero en un momento, de entre el chaparrón de palabras, me llega una frase. Solo se queda esa frase en mi cabeza de entre todas las palabras, como las pepitas de oro se quedan en el tamiz. Ha dicho que mi madre ha hablado por la noche. Y por un momento no sé si hablaba de mi madre o de la suya, pero me sale la pregunta sin pensarlo dos veces.

—¿Ha hablado? —le digo, sin soltar la mano de mi madre. E intento imaginar por un momento su voz y se me hace imposible recordarla, como si no la hubiera escuchado hace siglos.

—Sí, ha hablado, sí. No sé si estaba dormida, yo creo que sí. Nada más irse tu hermano, se ha puesto a hablar, y pronunciaba una y otra vez un nombre. ¿Cómo era? —se pregunta, mirando al techo de la habitación.

Darí­a dinero por saber cuál es ese nombre, por saber a quién llamaba mi madre, pero no se lo pregunto. Siento la lengua de un metal pesado, soy incapaz de preguntarle.

—¿Cómo era? —repite Pili, tapándose los ojos con la palma de la mano—. ¿Cómo era?

Es la primera vez que quiero que hable. La primera vez desde que la conozco. Mis oídos y mis ojos están abiertos. Y cuando menos lo espero, su madre, Pilar, sin quitar la mirada de la ventana y sin mover apenas los músculos de la cara, lanza un nombre:

—Germán.

Germán. El nombre cae en la habitación como una piedra a un lago helado.

—Eso es, Germán —dice Pili—. Germán. Ha repetido ese nombre una y otra vez. Será tu padre ese Germán, ¿no? Ya me contó Xabier ayer que falleció hace unos años...

No escucho nada más. Solo una voz lejana llega a mis oídos, y por un momento sospecho que Pili solo existe en mis sueños y que soy yo la que está soñando, no mi madre, como ella dice. Al oír ese nombre, el suelo del hospital me parece más frágil y más de celofán que nunca.

La miro, pero no le digo nada. Otra vez tengo la lengua de un metal pesado. No le puedo decir que el nombre de mi padre no era Germán, sino Paulo, Paulo Etxebarria, y que ese nombre se lo habrá inventado



ella, o que habrá oído mal, que mi madre no ha conocido nunca a ningún Germán. Pienso todo eso, pero no le digo nada. Me muerdo el labio y salgo de la habitación hacia el servicio. Me fumo un cigarro sentada en la taza.